

LAS formas que envuelven al mundo de la lectura, tal y como hoy las concebimos, se caracterizan por ser prácticas que, desde su más desnuda trascendencia social, alcanzan a distinguirse por su estricto carácter personal, solitario y silencioso. El sencillo acto de leer, en todas sus facetas, se inscribe y enraíza perfectamente en las cotidianidades de una sociedad versátil y desarrollada como la nuestra. Como es sabido, este habitual ejercicio, independientemente de su cantidad y calidad, llega a ser parte sustancial del desarrollo de la instrucción educativa, de la construcción y progreso del mundo profesional y facultativo, incluso del más habitual y sencillo entretenimiento. En definitiva, una ventana

necesaria para captar todos los aires que impulsa el conocimiento y la información.

Sin embargo, para llegar a este grado de excelencia, es decir, a la normalización de las rutinas lectoras que hoy todos frecuentamos, ha sido preciso recorrer un largo transcurso de tiempo a través del cual se fueron modelando diferentes procedimientos, de los que será imprescindible remontarse a la baja Edad Media, incluso antes, para empezar a reconocer algunas de sus claves.

Se ha aceptado con demasiada ligereza el hecho de que los hombres y mujeres del Renacimiento fueron los primeros en proponer las líneas de formación del mundo moderno, proyectando una imagen de un periodo caracterizado por la fractura con la Edad Media y el retorno casi exclusivo a los modelos de la Antigüedad clásica. A pesar de que este planteamiento no se aleja de la verdad, debemos matizar el concepto de “fractura”, al menos desde el punto de vista especulativo, ya que no conviene desconsiderar la conexión que existió entre un pensamiento

medieval que jamás volvió la espalda a las aportaciones de los autores grecolatinos, y otro renacentista que, a pesar de haber roto con los saberes de su pasado inmediato, en buena medida bebió, y mucho, de las esencias de los grandes pensadores y textos del medievo.

En el tránsito de la Edad Media a la Moderna no hubo una ruptura brusca, sino un largo proceso en que se fueron generando un conjunto de métodos y valores renovados, y una original forma de pensar y ver las cosas, nacida de unas determinadas condiciones económicas, demográficas, políticas, sociales, incluso técnicas, que conformaron, desde la continuidad del pasado, una nueva y posible realidad cultural.

Este concepto de continuidad, entendido desde la idea de “larga duración”, también estuvo presente en la transformación cultural que se produjo entre la tradición oral y el testimonio escrito. Y en ese devenir se afirmaron y avinieron tres tipos de expresiones culturales: la *oral*, la *icónico-visual* y la basada en la *lecto-escritura*.

Una terna de prácticas de comunicación que recorrerán principalmente a lo largo de la Edad Moderna caminos paralelos, unas veces con intereses culturales semejantes, otras, soportando distintas formas de relación social. Todas ellas, en su conjunto, nos permitirán comprender mejor las relaciones que hubo en los siglos XVI y XVII entre la cultura letrada y no letrada.

Desde esa perspectiva es necesario plantearse la inviabilidad de establecer superioridades de una cultura sobre otra (como lo hizo erróneamente la historiografía positivista). Durante la Edad Moderna, el trinomio: escuchar, ver y leer/escribir apuntaba a la mutua aceptación y, sobre todo, a la simultaneidad. Tres fenómenos de comunicación perfectamente reconocidos y adaptados a las necesidades tanto individuales como colectivas para conocer y dar a conocer.

El pergamino, la pluma, la mano del escribano o el manuscrito, junto a la correspondencia epistolar o el pasquín, aún competían con el mundo de la edición mecánica de la letra

impresa y de su publicación masificada. Las arengas militares, las audiencias en palacio, las letanías y prédicas religiosas, la lección en las aulas y demás hábitos académicos, las llamadas de los pregoneros y vendedores, la convocatoria a espectáculos y eventos públicos, las consejas o la sencilla recitación del romance o coplilla de ciego, se manifestaban de forma directa y verbal. De manera similar, el reflejo de la vista continuaba deslumbrando y alimentándose gracias a la proliferación de nuevos materiales iconográficos (como el grabado) que empezaron a instruir por sí solos.

Y en este mundo de contrastes y novedades no resulta contradictorio puntualizar que, a la vez que se extendía más el dominio del libro impreso y la costumbre de la lectura ocular, callada y solitaria, los textos siguieron oyéndose públicamente, y las imágenes y estampas no dejaron de representar el conocimiento como se hizo durante cientos de años atrás. Y los tres modos de recepción, estos tres “ingenios mediadores” como

les ha denominado Fernando Bouza, siguieron corriendo parejos, al menos, durante la alta Edad Moderna.

Quizás, lo que se aseguró fue que las imágenes y los textos (tanto en su forma manuscrita como tipográfica) sirvieran de manera más eficaz para la difusión y fijación de las ideas, mientras que las voces, más genuinas y espontáneas, transmitieran los mensajes con mayor prontitud y soltura.

Hechas estas breves indicaciones, nuestro propósito será definir de manera sucinta al público lector de la España del Siglo Oro, aludiendo, en primer lugar, al inmenso territorio que ocupaban los modos auditivos y comunitarios del consumo literario; seguiremos con los efectivos métodos óptico-intuitivos de recepción de la imagen, para terminar con el triunfo de las prácticas de privatización de la lectura que progresivamente irán inventando la figura del lector moderno como hoy lo concebimos.

